



Giménez López, Enrique, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*, Alicante, Publicacions Universitat d'Alacant, 2021, 219 págs. ISBN 9788497197665

Con *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*, Enrique Giménez López suma otra etapa a la extraordinaria trayectoria de investigación dedicada en gran parte al estudio de la expulsión de los jesuitas de la España de Carlos III. El protagonista del libro es uno de los religiosos expulsados, Juan Andrés y Morell, nacido en Planes el 15 de febrero 1740 y fallecido en Roma el 12 de febrero 1817.

Desde la segunda mitad de los años ochenta Giménez López ha promovido, en la Universidad de Alicante, una nueva línea de investigación centrada en el examen del extrañamiento de los jesuitas y de su exilio italiano, estudiando detenidamente las diferentes implicaciones políticas, los múltiples aspectos logísticos y las numerosas consecuencias culturales de este evento; en este último ámbito el autor, profundizando en las investigaciones de Miquel Batllori y de Franco Venturi, ha analizado el esfuerzo apologético asumido por los padres de la ex Asistencia española en sus obras impresas en defensa de la Compañía de Jesús y en polémica referente a los prejuicios antiespañoles comunes a los literatos italianos y a los *philosophes* franceses de finales del Setecientos.

Es necesario remarcar que el libro de Giménez López sobre Juan Andrés está conectado directamente con la edición de las primeras once *Cartas familiares* (*Bolonia, Florencia, Roma. Cartas familiares I*, Publicaciones Universidad de Alicante, 2004), publicada casi veinte años atrás, y se coloca en un verdadero *exploit* historiográfico internacional sobre la figura de Andrés relacionado con el tricentenario de su muerte (1817-2017). En particular en los capítulos II-V de *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia* (págs. 27-145) Giménez López retoma y profundiza, sobre la base de estudios más recientes dedicados al jesuita de Planes (empezando por los de Carlos Damián Fuentes Fos), los cuatro capítulos del *Estudio introductorio* de su edición de las *Cartas familiares* inherentes al viaje desde Mantua hasta Roma del verano/otoño de 1785, mientras que son totalmente nuevos los capítulos I, VI y VII: en el primero (págs. 17-25) se propone una interesante reflexión sobre la relación entre la Compañía de Jesús y la Ilustración; por otro lado, en el capítulo VI (págs. 147-162) se revisan “las emociones” que suscitó en el jesuita la parte napolitana del *tour*, para cerrar el libro con el capítulo VII, que se ocupa de los últimos años de la vida de Juan Andrés.

A lo largo del libro, en particular en el primer y en el último capítulo, Giménez López propone su interpretación sobre la trayectoria intelectual del jesuita de Planes, introduciéndola con rigor y meticulosidad en el doble contexto italo-español; desde este punto de vista, el instrumento esencial es el *Epistolario* del expulso, editado por Livia Brunori en 2006, empleado para reconstruir los acontecimientos biográficos y las peculiaridades culturales de Andrés y de sus cofrades. Además, cabe observar de forma preliminar que antes del centenario de 2017, aparte de las investigaciones aún

fundamentales de Batllori, ya se habían dedicado algunas biografías intelectuales a Juan Andrés, empezando por la del hispanista Guido Ettore Mazzeo (1965) y la de Adolfo Domínguez Moltó (1978). Sucesivamente, desde finales de los noventa y hasta la actualidad, han ido apareciendo tanto en España como en Italia una notable cantidad de libros, monografías y artículos dedicados específicamente al jesuita de Planes, parte de los cuales son el resultado del esfuerzo de otro estudioso de la Universidad de Alicante, Pedro Aullón de Haro. En realidad, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia* se puede considerar una biografía intelectual de Andrés solo en parte; de hecho, se trata de algo más, es decir de una reconstrucción de los múltiples contextos en los que el jesuita vivió y llevó a cabo su empeño cultural.

Desde el punto de vista metodológico e interpretativo, el volumen de Giménez López se coloca en el cauce de los estudios de Antonio Mestre Sanchís; no por casualidad el estudioso valenciano abre la monografía con un prólogo claro y denso (págs. 11-15) que examina el contexto del Reino de Valencia en el que el jesuita se formó. Mestre Sanchís, aunque destaque en sus numerosos libros y artículos la matriz católica del pensamiento de Gregorio Mayans y de los *novatores*, ha preferido siempre asociar la primera generación de la Ilustración española (más específicamente la valenciana) a la recuperación de la tradición del Humanismo crítico de los siglos XV y XVI; se trató, por tanto, de una Ilustración humanista, regalista, abierta a nuevas corrientes filosófico-científicas europeas (en particular al pensamiento de Locke y Newton). Tanto para Mayans, como también para su correspondiente italiano Ludovico Antonio Muratori, era posible hacer coexistir fe y razón en el marco de una *libertas philosophandi* respetuosa con el magisterio de la Iglesia y que no trascendiese en la irreligión.

Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia empieza exactamente con estas premisas. La introducción del libro –*La Compañía de Jesús y la Ilustración* (págs. 17-25)– se abre efectivamente discutiendo la categoría de *Aufklärung* católica propuesta por Mario Rosa en relación con la clásica definición “secular” (o sea racional-deísta) de Ilustración. En el contexto de la monarquía borbónica, la etiqueta de “Ilustración católica”, aduce el estudioso alicantino, puede ser útil para definir algunos rasgos de la cultura española del Setecientos, aunque corre el riesgo de resultar demasiado genérica en el momento de definir detalladamente la orientación cultural y política promovida por los ilustrados ibéricos; ellos mismos, en particular los manteístas excluidos de los Colegios Mayores, tuvieron que hacer frente a la omnipresencia y al poder de la Compañía de Jesús, especialmente en el sector educativo. En la España de la primera parte del siglo XVIII, recuerda Giménez López basándose en Batllori y en Mestre Sanchís, los jesuitas representaban, junto con los colegiales, un grupo de poder garante de la tradición. La única excepción, al menos en el ámbito de las cuatro provincias metropolitanas de la orden de San Ignacio, estaba representada por la comunidad jesuita aragonesa, más específicamente por los colegios valenciano-catalanes. En efecto, en Cervera, gracias al magisterio de José Finestres, había nacido una escuela con fines helenistas y latinistas sensibles a la reconstrucción filológica de los textos antiguos; por otra parte, en los colegios del Reino de Valencia (en particular en el de San Pablo), al igual que sucedía en el colegio Louis-le-Grand de París, además de seguir la *Ratio Studiorum* los profesores de la orden difundían entre sus estudiantes la filosofía sensualista de Locke, el sistema copernicano y la física de Newton. De manera que los jesuitas educados en estas estructuras, como es el caso de Andrés, además de recibir una formación erudito-filológica de alto nivel y una

impronta filosófica anti-escolasticista, se volvieron receptivos ante algunas nuevas corrientes científicas defendidas por los *philosophes*.

El objetivo de tal apertura al “espíritu del siglo” era doble: por un lado actualizar la oferta educativa de la Compañía, puesto que, a mitad del Setecientos, la *Ratio Studiorum* había perdido su dinamismo original y parecía no poder responder como antes a las exigencias formativas de las élites católicas; por otro lado, tal apertura permitía mitigar los efectos disruptivos que las nuevas corrientes de pensamiento (como el sensualismo y las teorías de Newton) estaban causando al saber tradicional y, por consiguiente, al magisterio de la Iglesia.

Como es sabido, una vez llegados a Italia, los jesuitas españoles, se involucraron en una intensa actividad de “mediación cultural”, puesto que además de establecer una conexión orgánica entre la cultura hispánica (e hispanoamericana) y la italiana, un elevado grupo de estos, en gran parte componentes de la antigua provincia de Aragón, buscó la convergencia entre la tradición católica y la Ilustración, utilizando una técnica de hibridación selectiva; los jesuitas, tradicionalmente maestros en la adaptación cultural, recuerda el autor, seguramente pertenecían a la orden religiosa más preparada para interpretar ese tipo de estrategia. En efecto, mientras la mayoría de los expulsados de todas las provincias, así como muchos cofrades italianos, se opuso directa y polémicamente a las Luces, otro sector, en cambio, intentó dialogar con ellas en un esfuerzo por “cristalizarlas”, con el evidente propósito de limitar los efectos políticos de la crítica ilustrada. Esta doble táctica de contención de la Ilustración prosiguió, y de hecho se potenció después de la supresión canónica decretada por Clemente XIV en 1773, cuando los exjesuitas quedaron libres para participar en los debates que recorrían la República de las Letras europea, puesto que ya no estaban vinculados ni a las antiguas jerarquías ni a la censura de los superiores de la orden suprimida (págs. 24-25 y 42).

Andrés fue uno de los primeros en servirse de tal posibilidad, ya que a los pocos meses de la supresión canónica se trasladó de Ferrara a Mantua. En la ciudad lombarda, que definió como “mi segunda patria”, el exjesuita vivió hasta 1796 como preceptor de los hijos del marqués Giuseppe A. Bianchi. Giménez López, siguiendo el análisis efectuado por Antonio Trampus sobre los padres jesuitas del área alemana y austriaca, y recordando la estrategia sincrética seguida por algunos padres italianos (como Alessandro Zorzi), argumenta que Andrés debe ser considerado como uno de los exjesuitas que mejor actuó en esta dimensión híbrida entre la Ilustración y la tradición católica: además de apropiarse de algunos conceptos y palabras claves de la cultura ilustrada (en primer lugar la confianza en el progreso indefinido de los conocimientos), frecuentar los lugares de la sociabilidad de la época (como academias, tertulias, tipografías, gabinetes científicos, etc.), utilizar los conceptos estéticos del siglo (el neoclasicismo) y, por último, experimentar los géneros literarios típicos de las Luces (empezando por el enciclopedismo), Andrés logró construir una amplia red de amigos, simpatizantes y lectores que se extendió desde los antiguos estados italianos (la Lombardía austriaca, el Gran ducado de Toscana, las Repúblicas de Venecia y de Génova, el Estado de la Iglesia, el Ducado de Parma y el Reino de Nápoles) hasta España (en la directriz Madrid-Valencia). El objetivo de tal diálogo entre Andrés y sus cofrades valenciano-catalanes (Antonio Eximeno, Antonio Conca, Juan Bautista Colomé, Mateo Aymerich, etc.) con *élites* ilustradas ítalo-españolas, era el de aislar y contener las corrientes radicales “irreligiosas” y republicanas de la Ilustración: si encontrar puntos de contacto con los *illuministi* italianos y los ilus-

trados españoles –también aquellos que, como Campomanes y Moñino, habían sido responsables de la expulsión y de la supresión canónica de la Compañía– era posible gracias al elemento común representado por el Catolicismo, había, en cambio, que contrarrestar y oponerse polémicamente a la *Philosophie* francesa (es decir, a Voltaire, Diderot, Rousseau, Mably, Marmontel, Condorcet, etc.), sinónimo de irreligión, deísmo y libertinaje.

La obra impresa de Andrés en la que sobresale con mayor claridad tal empeño cultural y político es su conocida historia universal de la cultura, *Origen, progresos y estado actual de toda literatura* (Madrid, A. de Sancha, 1784-1799), cuya primera edición fue publicada en italiano por la imprenta Bodoni de Parma entre 1782 y 1799. El tratado tuvo un vasto y prolongado éxito en toda Europa (el primer tomo se tradujo también al francés en 1805) y con varias reimpressiones, la última de las cuales apareció en Nápoles entre 1836 y 1838. Aunque no se extiende en el análisis del contenido del tratado, Giménez López recorre a través del epistolario los acontecimientos editoriales de las dos primeras ediciones italianas y de la traducción española efectuada por el hermano del expulso, Carlos Andrés, versión adoptada como libro de texto en los Reales Estudios de San Isidro (pág. 46). Están bien delineadas las tesis histórico-culturales y científicas presentes en los otros textos impresos más conocidos del jesuita valenciano, normalmente breves panfletos, entre los que se destacan el *Saggio della filosofia del Galileo* (1776) y la *Lettera dell'origine e delle vicende dell'arte d'insegnar a parlare ai sordi e muti* (1793, traducida al castellano el año siguiente por su hermano). Estas obras reflejan la evidente vinculación de Andrés con la ciencia moderna, en particular con el método empírico científico elaborado a principios del siglo XVII por Francis Bacon y Galileo Galilei.

Giménez López dedica los capítulos III-VI del libro al examen de las *Cartas familiares* (Madrid, A. Sancha, 1786-1793) y, en particular, de sus dos primeros tomos, en los que se relata el *tour* del 1785 de Mantua a Napoli; en dichos capítulos se aprecian sobre todo las notas que ofrecen al lector las coordinadas biográficas de muchos de los personajes encontrados y citados por Andrés, así como referencias bibliográficas muy útiles. Resulta particularmente sugestivo el capítulo V (págs. 111-145) en el que Giménez López reconstruye el pensamiento estético neoclásico y anti barroco que Andrés había desarrollado centrado en las teorías de Johann J. Winckelmann. Asimismo interesante es la lectura que el autor ofrece, de acuerdo con las tesis de Mestre Sanchís y Fuentes Fos, del “patriotismo” presente en muchas de las obras del expulso: si bien la apología de la cultura española es uno de los rasgos más característicos de toda la producción impresa de aquellos expulsos que durante el exilio tentaron la carrera literaria, Andrés se distinguió por su moderación, prefiriendo no llegar al enfrentamiento directo con los intelectuales italianos (algunos de los cuales como Saverio Bettinelli y Girolamo Tiraboschi eran exjesuitas como él), intentando exaltar el rol histórico de España a través de nuevas teorías interpretativas (como la teoría arabista) sustentadas por un riguroso método de anticuario.

Especialmente al final del primer capítulo y a lo largo del séptimo, Giménez López reitera justamente la importancia que tuvo la cesura representada por la Revolución francesa y por el terremoto geopolítico causado por Napoleón en la comunidad de exjesuitas: estos eventos convencieron a muchos religiosos católicos de la necesidad de alimentar la propaganda antirrevolucionaria y provocaron un rápido reposicionamiento de los exjesuitas que, como Andrés, entre el inicio de los años setenta y el final de los ochenta, habían intentado dialogar con las Luces y con las *élites* refor-

madoras; a muchos de ellos les pareció natural reintegrarse a la Compañía de Jesús que había sobrevivido en el Imperio Ruso después de 1773. No es una coincidencia que Andrés apoyara la estrategia de reconstrucción de la orden de San Ignacio perseguida por el aragonés José Pignatelli, de acuerdo con las directivas provenientes de Roma y de Moscú, en principio en Parma (entre 1800 y 1804) y después en Nápoles (entre 1804 y 1806). Desde este punto de vista, los diez años que Andrés vivió bajo el régimen napoleónico en el sur de Italia, aunque fueron densos culturalmente, representaron casi un paréntesis y confirmaron la gran capacidad de adaptación del jesuita de Planes a la mutación de la contingencia política; no obstante, aunque Andrés fue el único jesuita español que se quedó en el Reino de Nápoles, en aquellos años se ocupó de la dirección de la biblioteca Real (cargo que ya le había encomendado Fernando IV, confirmado después por José Bonaparte), además de dirigir la Academia de Historia, sin exponerse políticamente.

Con el regreso de Fernando IV a Nápoles en junio de 1814, la vida del exjesuita siguió sin grandes cambios (aunque en 1815 perdió la vista) hasta su muerte: en octubre de 1816, prediciendo su inminente final, quiso instalarse en Roma, donde falleció el 12 de enero de 1817 en la casa profesa. Tal decisión dependió de su adhesión a la nueva Compañía de Jesús, restablecida oficialmente en agosto 1814.

En conclusión, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia* ofrece una reconstrucción completa de la vida, del pensamiento y de las obras del jesuita de Planes en relación con los contextos en los que vivió. Encomiable es la lectura que Giménez López ofrece de las ideas y aún antes de los planteamientos culturales seguidos por Andrés: a pesar de sus aperturas hacia la Ilustración, el expulso mantuvo siempre su posición a favor de la primacía de los Pontífices, del absolutismo monárquico y de la sociedad del Antiguo Régimen. Y, como los polemistas antirrevolucionarios (empezando por su cofrade Lorenzo Hervás y Panduro), no tuvo dudas en atribuir el origen de la Revolución a la desaparición de la Compañía de Jesús, compartiendo la conocida teoría conspiratoria popularizada gracias al tratado de Augustin Barruel. Como muestra su epistolario, Andrés también creía que la supresión canónica de la orden había sido provocada por una conspiración urdida por los jansenistas, por los *philosophes* y por los ministros regalistas contra el baluarte más seguro de la Iglesia y de toda la sociedad: en ausencia de tal baluarte del Trono y del Altar, la anarquía se había apoderado de Europa. Después de 1789 Andrés, como muchos otros hombres de su generación, no dudó en condenar abiertamente el Jansenismo, las reformas regalistas de José II (mientras que en las *Cartas familiares* aduló a su hermano que había aplicado las mismas reformas en Toscana), además de atribuir la caída del Antiguo Régimen al “espíritu de irreligión” y al falso humanitarismo de los “modernos filósofos” (entre los que incluía también a Cesare Beccaria): a finales del siglo XVIII, incluso la apelación a la tolerancia y la libertad de pensamiento promovida por Mayans varios decenios antes –uno de los puntos de referencia de Andrés–, podía parecer inapropiada y hasta peligrosa.

Niccolò Guasti
Università di Modena e Reggio Emilia, Italia
niccolo.guasti@unimore.it